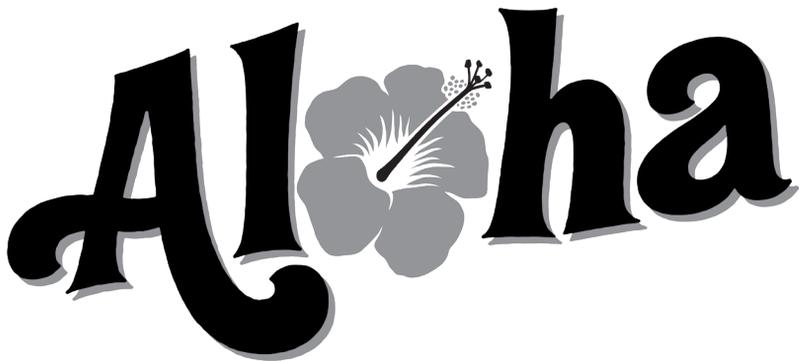


TAMARA MARÍN

Aloha

The word "Aloha" is written in a large, bold, black, cursive-style font. The letter "l" is particularly large and has a decorative flourish. A grey hibiscus flower is integrated into the design, positioned between the "l" and the "o". The flower has five petals and a central stem with small buds. The "o" and "h" are also large and bold, while the "a" is smaller and follows the cursive style of the other letters.

TAMARA MARÍN

Aloha



Ediciones Kiwi

EDICIONES KIWI, 2024



Ediciones Kiwi

Primera edición, octubre 2024

ISBN: 978-84-19939-60-9

Depósito Legal: CS 645-2024

© del texto, Tamara Marín

© de la cubierta, Borja Puig

© de la foto de cubierta, shutterstock

Corrección, Ana M^a Benítez

Código THEMA: FR

Copyright © 2024 Ediciones Kiwi S.L.

www.edicioneskiwi.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

NOTA DEL EDITOR

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

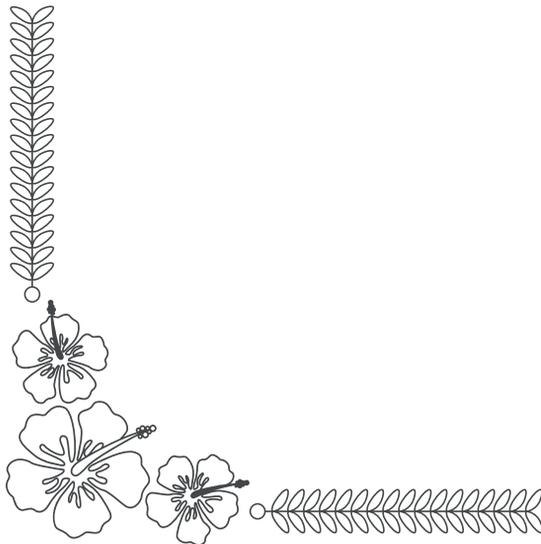
A mis hijas:

Ojalá logre transmitirlos el amor por los libros,
al igual que mi madre hizo conmigo.

Sois lo más bonito que me ha pasado en la vida.



Primer verano





El peor verano de mi vida

Vera

Mis padres decidieron, sin contar conmigo, por supuesto, que pasaría el verano con mi tía Clara. Ella era la hermana pequeña de mi madre, y, a pesar de que no nos llevábamos muchos años, nunca tuvimos una relación demasiado estrecha.

Cuando unos días atrás recibí las notas, a mis padres les faltó poco para sufrir una apoplejía, pese a que con la media de los otros cursos y la que saqué en selectividad me daba para hacer la carrera que yo quería. Aun así, al ver lo que mis calificaciones habían bajado, se enfadaron tanto que tomaron la decisión de mandarme todo el verano a trabajar y estudiar fuera. Mi padre estaba convencido de que de aquella manera aprendería el valor del esfuerzo. Yo solo podía agradecer que, al haberme mandado lejos y no querer perder el contacto conmigo, hubieran dejado que me quedara con el móvil.

Por cierto, soy Vera. Tengo dieciocho años y voy a pasar el verano en Blanes, un pueblecito de Gerona, en el que mi madre y mi tía nacieron y vivieron toda su infancia y adolescencia. Mi

madre se marchó de allí cuando conoció a mi padre, y mi tía se quedó. Yo no había regresado desde que tenía tres años.

La idea no me entusiasmaba lo más mínimo, pues durante los siguientes dos meses tendría que ayudar a mi tía a servir comidas y cenas en un chiringuito de playa del que ella era dueña. Por si aquello no fuera suficiente, también debería estudiar en el tiempo que me quedara libre. Sí, desde luego que no se trataba del verano que toda chica anhela; pero tampoco podía quejarme, porque, con las notas que había sacado, ya me esperaba algo así. Y eso que no suspendí ninguna asignatura. Pero siempre fui una estudiante brillante y aquel año mi rendimiento escolar bajó muchísimo, sobre todo en lengua, así que me tocaba leer y escribir durante todas las vacaciones.

Mis padres me llevaron en coche hasta casa de mi tía, donde comimos todos juntos, y se fueron al poco tiempo, ya que el regreso a Madrid les supondría unas cuantas horas. La verdad es que no entendí por qué no se quedaban a pasar la noche allí y se marchaban por la mañana, más descansados. Lo achaqué a la poca relación que hasta ese momento había tenido mi madre con su hermana y a que, a pesar de que el trato entre todos fue cordial, parecía haber cierta tensión en el ambiente. Por eso no me extrañó que tuvieran prisa por irse.

Mis padres se despidieron de mí con la promesa de que los llamaría cada día y, sobre todo, de que no dejaría de lado los estudios. Yo resoplé con casi todo lo que me decían y, cuando (después de unos cuantos abrazos y besos) por fin se fueron, respiré aliviada.

Al cerrar la puerta y regresar al salón, allí, de pie, en medio de la estancia, me esperaba mi tía.

—Acompáñame, que te enseñe dónde está tu cuarto. —Clara,

a pesar de ser una mujer joven, era bastante parca en palabras, o por lo menos esa era la impresión que me había dado.

Caminamos hasta el final del pasillo y entramos en una habitación donde había una cama, una mesita de noche, un armario pequeño y un escritorio.

—El escritorio es nuevo; tus padres han insistido en que necesitarías un sitio donde estudiar.

Dicho esto, caminó hacia la puerta y, cuando estaba a punto de salir, dio media vuelta.

—Deberás estar lista en media hora. Tu turno en el Aloha comienza a las dos y tengo que presentarte a tus compañeros y enseñarte cómo funciona todo. —Después de decir aquello se fue.

Ingenua de mí, pensé que por lo menos disfrutaría de aquel día libre para instalarme y habituarme a estar allí. Pero, por lo visto, no tendría tanta suerte.

Cada vez estaba más convencida de que me esperaba el peor verano de mi vida.



Me fui olvidando de los nombres de mis compañeros a medida que mi tía me los iba presentando. De todos, menos del de él. Las presentaciones fueron rápidas, porque tenía mucha información que asimilar y cosas por aprender. Por eso no se me debió de notar la cara de lela que se me quedó cuando me paré frente a Adrián. No sé qué fue lo que más me llamó la atención: si sus ojos, su boca o esa aura de chico malo que desprendía.

Él, por supuesto, no reparó en mí ni un solo instante, pero aquello no era nada nuevo. En mi clase era prácticamente invisible

para el sexo contrario. No me consideraba una chica fea, aunque tampoco destacaba por nada especial. Que fuera una de las que sacaban mejores notas —hasta aquel curso, claro— y que me pasara casi todo el tiempo tomando apuntes y escuchando al profe tampoco ayudaba demasiado.

Aquel día me sentí la persona más inepta sobre la faz de la tierra. Jamás imaginé que me costaría tanto asimilar toda aquella información, y eso que siempre creí que servir mesas era algo sencillo. Estaba claro que me equivoqué. Y lo que más me fascinaba era ver a mis compañeros tomar notas de memoria, sin apuntar nada. Si yo llego a hacer eso, me hubiera inventado la mitad del pedido.

A pesar de todo, cuando regresamos a casa, mi tía me dijo que lo había hecho bien. Y eso, viniendo de ella, que aquella noche me quedó claro lo exigente que era, se trataba de mucho más que un cumplido.

Me metí en la cama rápidamente, pues, entre las emociones del día, los cambios y lo mucho que trabajé, estaba agotada.

Sin embargo, y a pesar de lo cansada que me sentía, aquel día me costó horas dormirme. Cuando lo conseguí, tuve sueños extraños en los que aparecían el Aloha y Adrián.



2

Qué largo se me iba a hacer

Vera

Oía a alguien llamarme desde lejos; sin embargo, no era capaz de moverme. Hasta que noté cómo me zarandeaban y me incorporé de golpe.

—Vera, llevo un buen rato llamándote. Es hora de levantarse —dijo mi tía, saliendo de mi cuarto y sin darme opción a réplica.

Eran las siete y media de la mañana. Me tocaba trabajar aquella tarde y no había conseguido conciliar el sueño hasta bien entrada la madrugada, por lo que estaba exhausta. Además, tenía pensado dormir hasta, por lo menos, media mañana.

Volví a tumbarme en la cama, aunque finalmente decidí levantarme, si bien lo hice refunfuñando. Me metí en la ducha de un humor de perros. ¿Por qué mi tía me había levantado tan temprano? No lo sabía, pero pensaba tumbarme en el sofá hasta la hora de irme a trabajar.

Cuando entré en el salón, Clara estaba vestida con ropa de

deporte y tenía entre las manos una taza que, por el olor que inundaba todo el salón, debía de ser de café.

—Vamos a salir a correr —anunció, y a mí me sonó a orden.

—Yo no he corrido en mi vida —me quejé, porque no pensaba hacerlo.

—Ni tampoco has trabajado, pero ahora estás en mi casa. Y aquí se hace deporte y se come sano, entre otras cosas —repuso con seriedad.

Aquello parecía más una escuela militar que la casa de mi tía. ¡Por el amor de Dios! Sabía que durante el tiempo que estuviera allí añoraría mi hogar, pero nunca pensé que tanto.

—Tómame un café, que nos vamos —me ordenó de nuevo.

Me serví una taza y casi no me dejó ni terminarla. Iba a ir a golpe de pito durante todo el verano, lo veía venir.

Cuando regresé, de lo único que tenía ganas era de volver a meterme en la cama. Mi querida tía me había llevado a correr a la playa. ¡A la playa! Como si no fuera suficientemente agotador hacerlo en asfalto.

Me metí en la ducha por segunda vez aquella mañana y, cuando salí, Clara ya no estaba allí, pero reparé en que había dejado una nota sobre la encimera. La cogí y solo encontré una palabra. Incluso le di la vuelta; nada, no había nada más. «Léelo», decía el trozo de papel. Ni siquiera reparé, hasta ese momento, en el libro que había junto a la nota.

Lo palpé. Estaba desgastado por el uso y parecía tan viejo que las páginas eran de un color amarillento. Si llego a verlo en cualquier sitio, no se me hubiera ocurrido cogerlo. Leí el título: *Lo que el viento se llevó*. Me sonaba a película antigua o algo por el estilo.

Lo llevé a mi cuarto y lo dejé encima de mi mesita de noche. No tenía ninguna intención de leerlo.

Sin embargo, cuando terminé de desayunar y me senté un rato en el sofá, acabé aburriéndome y caí en la cuenta de que no había cogido ni una sola novela de mi casa. Y tenía que leer, pues les había prometido a mis padres que estudiaría Lengua y lo más fácil para hacerlo era leer y escribir; o, dicho de otra manera, era lo que menos me desagradaba.

Deambulé por la casa de mi tía, pero parecía ser alguien a quien no le atrajera la lectura, pues no encontré un solo libro por ningún sitio. Así que acabé cogiendo el que ella me había dado y salí al jardín trasero. No era que el plan me fascinara, pero no quería que mi tía les fuera a mis padres con el cuento de que no estaba estudiando. Solo me faltaba cabrearlos aún más.

Cuando Clara regresó, yo me encontraba tan inmersa en la plantación de Tara que no supe cuánto tiempo había pasado. No me moví de allí, pues no podía dejar la historia en aquella parte tan interesante. Así que fue ella la que vino hasta el jardín, sacó la cabeza y dijo:

—He ido a comprar. Quiero que sepas que no voy a hacer dos comidas cada día. Lo digo para que quede claro que en mi casa se come lo que haya.

¿Os he dicho alguna vez que mi tía era un encanto?

Menos mal que nunca he sido delicada para comer, pero de pronto algo que comentó una vez mi madre acudió a mi cabeza.

—¿Tú no eres vegetariana, vegana o algo así? —pregunté con cierto temor.

—No estricta, pero como carne en contadas ocasiones. Aunque te he comprado algo de pollo. —Qué maja.

—A la cocina —ordenó. Por lo visto, era la única manera en la que sabía comunicarse—. No te creas que voy a cocinar, lavar

y fregar para ti. Mañana, si me da tiempo, haré un calendario para repartir las faenas.

No se trataba de que en mi casa no colaborara con las tareas, pero, joder, cada vez tenía más claro que aquello parecía un campamento militar.

Comimos en silencio, el cual rompí para comentarle a mi tía que la comida estaba realmente buena. Jamás pensé que un plato con tanto verde pudiera tener aquel sabor.

—Gracias. —Esa fue la escueta contestación de ella.

Qué largos se me iban a hacer aquellos dos meses.



Cuando mi hermana me llamó para preguntarme si Vera podía venir a pasar el verano conmigo, le dije que no.

Mi hermana Sonia y yo nos habíamos distanciado hacía años. Tras la muerte de nuestros padres, ella insistió en vender el chiringuito de playa que mi padre levantó con tanto esfuerzo. En parte la entendía, porque hacía mucho que se había ido a vivir fuera y ya no sentía por él el vínculo y el amor que yo le tenía al Aloha. Discutimos, dado que ella quería vender la casa y el chiringuito para poder quitarse su hipoteca y no entendía que yo fuera a dejar un trabajo estable, con el que me ganaba muy bien la vida, para servir comidas y cenas en un bar de playa.

No fue una discusión demasiado fuerte, pero sí hizo que poco a poco nos fuéramos alejando. Yo terminé quedándome con el chiringuito y dándole a ella su parte. En el fondo, sabía que lo que más le importaba a Sonia, por encima del dinero, era que siempre creyó que estaba tirando mi carrera por la borda, y eso no me lo perdonó. Y yo a ella nunca terminé de

perdonarle que se creyera con el derecho a interponerse en mis decisiones.

Ese era uno de los motivos por los que le dije que no; porque, a pesar del tiempo que había pasado, todavía continuaba resentida con ella. Pero no era el que más peso tenía. Y es que desde hacía unos meses estaba liada con Sergio, un tío por el que llevaba media vida suspirando. El problema: que estaba casado y que el único sitio donde podíamos quedar, sin ser vistos, era en mi casa.

Sergio y yo llevábamos años tonteando, pero nunca habíamos pasado de ahí. Yo me negaba a tener nada con él porque no me entusiasmaba ser el segundo plato de nadie y, básicamente, porque no quería salir dañada de una relación así. Con todo, él se encargó de que poco a poco fuera cayendo en sus redes, y al final terminé haciéndolo. Tampoco le costó demasiado, más que nada porque llevaba enamorada de él desde que íbamos al instituto.

No obstante, cuando mi hermana me llamó otra vez e insistió en que solo serían un par de meses, terminé accediendo. Aunque fue más por la presión de no volver a discutir con ella y porque tenía la esperanza de que, con aquel gesto por mi parte, ayudaría a limar asperezas entre nosotras que por el hecho de que me apeteciera convivir con una adolescente.

Por todo eso, y por muy feo que quede decirlo, la llegada de mi sobrina no me hizo ninguna ilusión. En mi favor añadiré que llevaba viviendo sola desde los veinte años y no estaba acostumbrada a que nadie invadiera mi intimidad, y mucho menos a tener que cuidar de alguien.

Sabía que por ese cúmulo de cosas estaba siendo más borde de lo normal con Vera; pero, por más que lo intentaba, no lograba evitarlo.

Lo que no pude reprimir fue el inmenso orgullo que sentí cuando la vi trabajar de aquella manera, intentar seguirme el ritmo corriendo, al observarla leer uno de mis libros favoritos.



Aquel día estaba siendo un auténtico caos. Teníamos un cumpleaños de más de veinte personas, que hacía rato que habían perdido la cuenta de las copas que llevaban encima. Cosa que iría a más y que nunca terminaba bien. A eso había que sumarle que uno de los camareros estaba enfermo y que teníamos tantos clientes que no dábamos abasto.

En un determinado momento, cuando Vera estaba sirviendo otra copa a los del cumpleaños, uno de ellos la agarró por la muñeca, acercándola hasta él y acariciando con su otra mano el muslo de mi sobrina. Me tensé y ya me dirigía hacia allí cuando Adrián agarró la mano del tipo con fuerza, haciendo que la soltara.

Adrián era uno de mis camareros más trabajadores, pero tenía un pronto algo brusco, por lo que continué caminando hacia ellos.

El tipo se encaró con él y Vera se había interpuesto entre ambos.

Aquello no pintaba bien.

—Vera y Adrián, id a atender aquella mesa. Caballero, le agradecería que se levantara y se marchara de mi local —ordené con voz calmada.

—Estás de broma, ¿no? —se enfrentó.

—¿Tengo pinta de estar bromeando? Es más, como vuelva a tocar a alguna de mis empleadas de ese modo llamaré a la

policía. —El tipo se carcajeó y a mí me entraron unas ganas tremendas de pegarle un puñetazo.

—¿Y qué vas a decirles, que le he tocado la pierna a una camarera? —La última palabra la pronunció con tanto desprecio que tuve que contenerme para no abofetearlo.

Me acerqué hasta su oreja para que solo él pudiera oírme.

—No, lo que les diré es que he presenciado cómo usted consumía droga en el baño. Cosa que seguramente no sea mentira, y estoy casi segura de que si lo cachean encontrarán lo que buscan. —Era un farol, pero por cómo se levantó y la forma en la que me miró supe que había acertado de lleno.

—Eres una zorra —me insultó.

—Yo mejor me guardo lo que pienso de usted.

—No voy a regresar aquí jamás —amenazó.

—Doy gracias por ello —respondí.

Cuando me aseguré de que aquel individuo se había ido, me largué de allí y fui a ver a mi sobrina. Estaba sirviendo mesas y la llamé para que se acercara. Por el camino también me llevé a Adrián.

—Jefa, no he hecho nada. Ese tío... —empezó a justificarse él.

—Ya lo sé. Si te he llamado, ha sido para darte las gracias. Y no solo porque Vera sea mi sobrina, ya que me hubiera parecido igual de bien que lo hicieras con cualquier otra compañera. Ya debes de saber que en mi local no tolero ese tipo de comportamientos.

Adrián asintió con la cabeza y yo me giré hacia Vera.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Sí, sí, perfectamente —respondió con rapidez. Yo no entendí por qué sus mejillas se habían coloreado, hasta que levantó la mirada y la fijó en Adrián.

Ay, no, Vera. Tengamos un verano tranquilo. Con Adrián no, por favor.



Cuando noté su presencia detrás de mí, me tensé. No lo vi a él, pero sí su mano posarse con fuerza en la que tenía cogida la mía. Fijé los ojos en el tatuaje que le subía por encima de la manga de la camisa y que no sabía dónde terminaba. Me dio tiempo a pensar que me gustaría ver el final.

Al girarme y observarlo, Adrián apretaba la mandíbula tan fuerte que creí que se rompería algún diente. Antes de poder abrir la boca, llegó Clara y nos mandó fuera de allí. Me pareció una buena idea, porque aquel tipo iba muy bebido y estaba a punto de saltar. Después de que mi tía lo echara (yo no tenía ni idea de lo que le había dicho para que él aceptara sin rechistar), la noche continuó sin ningún otro incidente.

Una vez que todo estuvo recogido, y mientras mi tía hacía caja, salimos algunos de los camareros a la calle: unos pocos a fumar y otros a charlar. Yo lo hice porque una de las chicas insistió, pero casi no los conocía y no me sentía demasiado cómoda.

—¿Dónde vamos? —preguntó Álex, un chico que era el más

mayor de nosotros. Aunque dudaba que llegara a los veinticinco años.

—Yo estoy muerto, creo que voy a ver a Sara. —Me giré con interés para mirar a Adrián. Estaba claro que un tío como él debía tener novia.

—Pero ¿Sara no te había dado puerta? —preguntó Álex.

—Acaba de mandarme un WhatsApp —aclaró Adrián alzando los hombros.

—Nunca entenderé qué te ven —bromeó Marta.

—Yo tampoco —respondió Adrián.

Yo podría enumerar unas cuantas cosas, pero me callé, claro.

—¿Te animas, Marta? —continuó indagando Álex.

—Yo estoy muerta, paso.

—¿Y tú, Vera? —Lo miré, parpadeando un par de veces. Aunque me apeteciera ir con Álex a tomar algo, estaba casi segura de que mi tía no iba a dejarme. Sin embargo, no pude contestar.

—Deja a la niña; ¿no ves que está a cargo de su tía porque la han castigado por no sacar sobresalientes? Además de que nosotros no somos una buena influencia para ella. —Volví a posar la vista en Adrián sin poder ocultar mi cara de sorpresa. Así que era eso lo que pensaba de mí.

—Oh, vamos, dejadla en paz —me defendió Marta.

—No pasa nada. Si tiene razón. Estoy aquí como castigo por sacar malas notas; o, como dice él, por no sacar sobresalientes. Es la realidad. Pero eso no quiere decir que no pueda pasármelo bien mientras cumplo con mi castigo —alegué con mucha más seguridad de la que sentía.

—Claro que sí. Monta una fiesta de pijamas con tu tía. Seguro que esa es tu idea de pasártelo bien —se mofó Adrián.

Preferí callarme y no seguir discutiendo con él. No por

nada, sino porque, si continuaba rebatiendo lo que decía, daría la sensación de que tenía que justificarme por algo. Y no era el caso.

—Bueno, yo me largo a casa de Sara.

Adrián dio media vuelta y se marchó sin volver la vista atrás. Yo lo seguí con la mirada un buen rato.

—A veces es un poco capullo, pero no es mal tío —aclaró Álex.

—No he dicho nada —repuse.

—Bueno, ¿te vienes o no? —insistió.

No me apetecía irme ya para casa. Había sido una noche muy movida, y, a pesar de estar cansada, me sentía demasiado alterada como para ser capaz de dormirme.

—Un segundo, ahora vuelvo —dije mientras salía corriendo en busca de mi tía.

La encontré frente a la caja, junto a un hombre al que no había visto nunca. Me pareció que estaban demasiado pegados, pero no le di importancia.

—Tía, ¿puedo salir a tomar algo? —pregunté poniendo mi mejor cara de niña buena. Una que, por cierto, ya no funcionaba con mis padres.

—¿Vais todos? —quiso saber Clara.

—No, solo Álex y yo.

Mi tía pareció pensarlo un momento. El tipo que había junto a ella le dio un codazo, y finalmente respondió:

—De acuerdo, pero ten el móvil conectado y no llegues tarde.

—Vale.

—Hablo en serio, Vera. Si no me haces caso, será el último día que salgas —insistió Clara.

—¡Que sí! —respondí, acelerando el paso para ir al encuentro de Álex. No fuera a ser que la sargento cambiara de opinión.

Al final, la niña empollona iba a hacer algo más que una fiesta de pijamas en casa de su tía.



5

Vivir con mi tía

Vera

Me levanté con un ligero dolor de cabeza; no había bebido demasiado, pero es que yo no estaba acostumbrada a hacerlo. Bueno, lo de «levantarme» era una manera de hablar, porque mi tía me despertó para ir a correr. Aunque no tan pronto como la mañana anterior, cosa que agradecí.

Mientras me lavaba los dientes, pensé en que fue divertido salir con Álex. Lo pasé bien y me vino genial para relajarme un poco y no darle vueltas al duro verano que me quedaba por delante. Álex se mostró mucho más simpático que Adrián y no hizo ningún comentario de mal gusto sobre mí. Solo fuimos a tomar algo y volvimos pronto a casa, pero me gustó poder hablar con alguien.

Salí de la habitación y vi a mi tía, de pie, junto a la encimera, apurando su taza de café. Me quedé parada unos segundos, antes de que se percatara de mi presencia, dándole vueltas a lo rara que me sentía viviendo allí con ella. Era la primera vez que estaba tanto tiempo fuera de mi casa y, si a eso sumamos que

Clara no era una anfitriona especialmente agradable, pues no acababa de estar cómoda.

Caminé hacia donde se encontraba y me dispuse a saludarla, pero ella se me adelantó:

—¿Cómo llevas el libro? —Fue lo primero que me dijo. Antes siquiera de darme los buenos días.

—Lo empecé ayer. No está mal. —Tampoco iba a decirle que la personalidad de Scarlett O’Hara me tenía cautivada y que estaba deseando encontrar un hueco para continuar leyendo.

No me contestó, pero, antes de que se girara, pude apreciar que sus labios se curvaban en una sutil sonrisa.

—¿Qué tal con tus compañeros de trabajo? —preguntó con cierto interés. Y yo me sorprendí de que quisiera entablar una conversación conmigo.

—Bien. Álex y Marta son simpáticos.

—¿Y Adrián?

—¿Qué pasa con él? —pregunté, demasiado a la defensiva.

—Que si no es simpático...

—No, él no. —Lo dije con tanta rotundidad que a mi tía se le escapó una carcajada. El sonido me resultó extraño, pues era como si hiciera mucho que no se reía.

La contemplé durante un momento, percatándome de que cuando sonreía parecía mucho más joven. Y eso que no era muy vieja; creo que tenía treinta años o algo así. Se llevaba bastantes con mi madre.

—Toma, bébete esto —me ordenó, poniendo delante de mí un vaso con una bebida verde. Solo por el color, ya me pareció repulsivo. Mi tía debió de apreciar mi cara de asco—. No lo mires así. No está buenísimo, pero te irá bien para el dolor de cabeza y la resaca. Si tu madre se entera de que te he dejado beber, me mata.